



EL TERRORISMO Y LA TRANSFORMACIÓN DE LA GUERRA. CONSIDERACIONES SOBRE LA LUCHA GLOBAL DE AL-QAIDA

Javier JORDÁN

SUMARIO:

INTRODUCCIÓN.— 1. DEFINICIONES DE TERRORISMO Y DE GUERRA.— 2. CARACTERÍSTICAS DE LAS NUEVAS GUERRAS. 2.1. Guerra de redes 2.2. Asimetría 2.3. Multidimensionalidad 2.4. El espacio y el tiempo del conflicto.— 3. CONCLUSIONES

INTRODUCCIÓN

La guerra es un fenómeno de manifestaciones cambiantes. A lo largo de la historia su modo de producirse ha variado en función de los condicionantes políticos, sociales, culturales y económicos del entorno; y el modo de concebirla depende de cómo se manifieste en cada momento. En un breve ensayo, titulado *El silencio de las palabras*, Ulrich Beck habla de los “conceptos zombis”: nociones que han muerto, pero que siguen rigiendo nuestro pensamiento y nuestra acción¹. Para muchos la idea que tienen de la guerra puede ser un concepto zombi. A día de hoy, entenderla exclusivamente como un conflicto donde se enfrentan los ejércitos de dos o más Estados supone poner límites ficticios a una realidad mucho más amplia y variada.

Cuando cayó el Muro de Berlín y resultaba ya indudable la distensión entre los antiguos adversarios, numerosos estudiosos se preguntaron sobre el futuro de los conflictos armados. Unos predijeron que la guerra acompañaría durante largo tiempo la historia de los pueblos, ya que habrá inevitablemente motivos de enfrentamiento y algunos Estados recurrirán a las armas para dirimir esas disputas. Otros se mostraron más optimistas augurando un futuro

1. BECK, U.: “El silencio de las palabras”, *El País*, 20 de diciembre de 2001.



más pacífico, donde la guerra se convertirá en un acontecimiento marginal que irá desapareciendo paulatinamente, al igual que ha sucedido con otras conductas desviadas de los hombres en el transcurso de los siglos. Y un tercer grupo propuso una hipótesis alternativa, mostrando su acuerdo sobre la continuidad de la guerra en el futuro, pero prediciendo cambios sustanciales en el modo de manifestarse².

Los años transcurridos desde entonces han confirmado la validez de la tercera hipótesis. La guerra está experimentando una transformación profunda. Los actores, los medios, las reglas y los fines divergen en muchos casos del modelo de enfrentamiento armado que ha caracterizado los últimos siglos. En algunas de esas nuevas guerras la violencia terrorista se ha convertido en un modo de ejercer la fuerza, hasta el punto de que el conflicto más relevante del momento recibe precisamente el nombre de *War on terrorism*. La ampliación del espectro del conflicto no debe percibirse como la maniobra conceptual de unas fuerzas armadas interesadas en encontrar nuevas misiones. La inclusión de ciertas formas de terrorismo dentro del hecho bélico, lejos de responder a intereses corporativos de cualquier género, constituye un imperativo analítico en la necesaria redefinición del concepto de guerra.

1. DEFINICIONES DE TERRORISMO Y DE GUERRA

Definido de manera muy general el terrorismo consiste en un modo de practicar la violencia, que puede ser ejercido por actores naturaleza diferente y con fines diversos, y que se distingue de otras formas de violencia por dos características esenciales. En primer lugar, es un tipo de violencia que genera efectos psíquicos desproporcionados en relación a sus consecuencias materiales³. El terrorismo tiene un doble objetivo, aquel que sufre directamente la violencia y aquellos hacia los que se dirige el mensaje de esta. La víctima indirecta —la audiencia atemorizada— es la que tiene mayor interés para los terroristas. A través del miedo pretenden condicionar sus actitudes y dirigir su comportamiento en una dirección favorable a sus intereses. Para asegurar el impacto psicológico la violencia terrorista se aplica preferentemente contra

2. GAT, A. & MAOZ, Z.: "Global Change and the Transformation of War", MAOZ, Z. & GAT, A.: *War in a Changing World*, The University of Michigan Press, 2001, pp. 1-14.

3. REINARES, F.: *Terrorismo y Antiterrorismo*, Paidós, Barcelona, 1998, pp. 15-19.



blancos dotados de una notable carga simbólica y suele también producirse de manera sistemática y concatenada temporalmente. Ese ritmo macabro e imprevisible aumenta la incertidumbre y ansiedad.

Por otra parte, y consecuencia de la primera característica, el terrorismo es comunicación. No tiene como fin exclusivo destruir vidas o provocar daños materiales; aunque incluya esos efectos tangibles, su empleo es eminentemente instrumental y se dirige a los que lo contemplan. Toda destrucción física provoca miedo, incluso la no querida (como por ejemplo los accidentes aéreos); pero lo que caracteriza al terrorismo es su intención de enviar un mensaje a través del terror. Por ello, su eficacia depende considerablemente de su repercusión mediática y de la penetración que logre en las audiencias objetivo.

Esta aproximación conceptual, conscientemente amplia, permite catalogar como potenciales protagonistas del terrorismo a un elenco variado de actores que va más allá de las tradicionales organizaciones clandestinas. También lleva a entender el terrorismo como una herramienta que puede ser utilizada con fines distintos, no estrictamente políticos, como los que han animado a los grupos más conocidos. Además de las organizaciones terroristas clásicas, los ejércitos, las agencias de seguridad estatales, las mafias, las guerrillas, las sectas, e incluso individuos que actúen en solitario, pueden convertirse en agentes de la violencia terrorista.

¿Y la guerra? Si el terrorismo es un modo de utilizar la violencia, la guerra es algo esencialmente distinto; como lo es el todo de la parte. De manera abstracta, la guerra puede definirse como el empleo de la violencia organizada, a gran escala, y con una motivación concreta⁴. Clausewitz, el autor más citado en las aproximaciones conceptuales a este fenómeno, la entiende como un acto de fuerza dirigido a imponer la voluntad al adversario; definiéndola, en su acepción de guerra no absoluta, como la continuación de la política por otros medios⁵. Se aprecia fácilmente que la definición del tratadista prusiano es sumamente genérica y que hay que contextualizarla con el resto de su obra y de su tiempo. Clausewitz habla de una guerra librada por ejércitos que actúan bajo el mandato del poder político. Concretamente, al teorizar sobre la trinidad de la guerra, distingue en ella a la sociedad, al comandante militar y su ejército, y al gobierno. Por tanto, Clausewitz se refiere a la guerra entre Estados que abarca un periodo comprendido desde la paz de

4. VAN CREVELD, M.: *On Future War*, Brassey's, London, 1991, p. 197.

5. CLAUSEWITZ, K.: Von. *De la guerra*, Labor/Punto Omega, Barcelona, 1984, p. 58.



Westfalia (1648) hasta aproximadamente la actualidad; lo que implica una restricción considerable ya que son muchos los siglos de conflictos armados que quedan fuera de su análisis, tanto del pasado como del futuro. Es una limitación común en otros muchos tratadistas militares pues la teoría de la guerra (qué es y cómo debe librarse) está en función de las circunstancias sociales, políticas, económicas y culturales de cada momento histórico.

Precisamente por eso, y a pesar de su escasa concreción, lo interesante de la definición de Martin Van Creveld es su carácter atemporal, que permite referirse a cualquier hecho bélico acaecido en épocas y escenarios diversos. Van Creveld es un preeminente historiador militar y, a la vez, sus ideas sobre la naturaleza de la guerra le han llevado a ser considerado herético por algunos; ideas con las que básicamente coincidimos. La amplitud del concepto de guerra de Van Creveld no es tan problemática ni la convierte en una categoría inservible desde el punto de vista analítico; no al menos para entender el fenómeno en su conjunto, al margen de que después convenga establecer paradigmas más concretos que distingan entre un tipo y otro de guerra (en función de los actores que participen en ellas, el modo de librarse, el momento histórico o los fines que se persigan). Pero insistimos en que no es un obstáculo la concepción amplia (violencia organizada de considerable magnitud y con un fin concreto) ya que por su propia naturaleza la guerra tiene un núcleo mínimo y una dilatada periferia. Lo esencial permanece, mientras que el contorno, lo circunstancial, es cambiante: factores que varían, difieren y evolucionan como lo hacen también las sociedades⁶.

La concepción que las personas tienen de la guerra es por tanto un constructo social que depende de cómo se materializa en ese periodo histórico concreto. Eso explica que la noción de la guerra de la mayor parte de nuestros contemporáneos responda en sus principios esenciales al modelo teórico expuesto por Clausewitz. Entre sus notas características destacan de manera especial dos:

— Es, principalmente, una guerra entre Estados. Aunque también pueden producirse guerras de carácter interno (y, de hecho, desde el fin de la Guerra Fría la mayoría de los conflictos han sido intraestatales) en la mente de la mayor parte de los ciudadanos y líderes políticos, la guerra tiene todavía un carácter interestatal.

6. En este sentido dos obras de interés sobre la evolución de la guerra a lo largo de la historia son MARTÍNEZ TEIXIDO, A. (Dir.): *Enciclopedia del arte de la guerra*, Planeta, Madrid, 2003 y KEGAN, J.: *A History of Warfare*, Pimlico, London, 1993.



— Es combatida por ejércitos. Fuerzas regulares dirigidas por jefes profesionales que a su vez obedecen los dictados del gobernante.

Y esas dos particularidades implican otros contenidos de gran significado:

— La posible legitimidad de la guerra. Limitada según se vaya desarrollando el Derecho Internacional y sobre todo a partir de su prohibición por el artículo 2.4 de la Carta de Naciones Unidas.

— Distinción entre combatientes y no combatientes. No siempre respetada —sobre todo conforme se vaya abriendo paso la idea de la guerra total—, pero al menos posible de establecer en teoría.

— Junto a esa distinción, la figura del soldado como individuo uniformado, sujeto a disciplina, que lucha en nombre de una entidad política superior, que respeta unas reglas y que es amparado por un derecho particular. Si ese derecho se cumple, matar no es asesinato.

Pero, como ya hemos señalado, el modelo de guerra de Clausewitz constituye un paréntesis histórico que se inicia con el nacimiento del Estado moderno en el siglo XVI y llega prácticamente hasta nuestros días. Y el problema es que esos parámetros se adaptan mal a las guerras que se dieron antes y después de dicho periodo histórico. Las guerras de la Antigüedad y de la Edad Media no responden a esas características, y —como veremos en el siguiente epígrafe— tampoco se adecuan bien a algunas de las nuevas guerras que se están produciendo en la actualidad, entre ellas la que protagoniza la red terrorista Al-Qaida.

Las dificultades que acompañan ese desfase entre teoría y realidad no se reducen a lo meramente académico. La carga de legitimidad que arrastra el concepto de guerra de Clausewitz se mantiene en las mentes de muchos de nuestros contemporáneos, y a todos los niveles (opinión pública, políticos, diplomáticos, militares...). Es lógico entonces que el intento de enmarcar determinados terrorismos en un contexto de guerra sea percibido con sospecha, pues se teme que ello confiera a los terroristas una legitimidad de la que carecen. Pero eso es un error de análisis. El hecho de participar en la guerra (tal como aquí la entendemos) no otorga necesariamente un estatus jurídico especial, ni reconoce representatividad política. Es un conflicto que puede ser librado por ejércitos convencionales pero también por lo que Robert Kaplan⁷ denomina *guerreros*, combatientes que luchan con reglas distintas y que se

7. KAPLAN, R. D.: *El retorno de la Antigüedad. La política de los guerreros*, Ediciones B, Barcelona, 2002.



rigen por una escala de valores distorsionada y, a menudo, brutal. Parafraseando a Homero, Kaplan afirma que siempre ha habido *guerreros*, personas que “en su ánimo anhelan el combate” y para las cuales la emoción de la violencia reemplaza los deleites de la vida casera. El caos que reina en algunas zonas del planeta favorece la aparición de guerreros tan crueles, pero mejor armados, que los de antaño. Esa figura engloba a ejércitos de adolescentes asesinos en África Subsahariana, mercenarios, milicias de autodefensa, grupos guerrilleros aliados con narcos, hombres armados que sirven a los señores de la guerra, y a muchos integrantes de la nebulosa terrorista Al-Qaida.

Ese retorno de los guerreros describe gráficamente la vuelta a un mundo más anárquico. La globalización, la revolución en las tecnologías de la información, el debilitamiento de numerosos Estados apuntalados artificialmente por las dinámicas de la guerra fría, el distanciamiento cada vez mayor entre el centro y la periferia mundial en términos de desarrollo, están dando lugar a un panorama de seguridad donde los Estados siguen contando pero donde ya no son los únicos protagonistas. En cierto modo se reproduce la poliarquía de la Edad Media o de la Antigüedad, donde tribus nómadas, caballeros armados, expediciones de vikingos, bandas de salteadores, ejércitos feudales, milicias ciudadanas, fuerzas imperiales, órdenes religiosas armadas, piratas sarracenos, y otros, guerreaban entre sí y establecían alianzas y vínculos de vasallaje. Sin llegar a ese grado de fragmentación, el nuevo escenario recuerda parcialmente a la guerra previa a Westfalia. Como es lógico se mantienen rasgos propios del mundo estatal, pero las relaciones globales (que incluyen a las relaciones internacionales) incorporan a esos nuevos actores, de modo que el siglo XXI contemplará guerras propias de uno y otro tiempo. Ante tal necesidad de atender contingencias diferentes en su naturaleza, Robert Worley⁸ aconseja que la estrategia de Estados Unidos establezca una distinción similar a la que mantenía el imperio romano. Roma diferenciaba dos modos de guerra: el *bellum* y la *guerra*. El primero se libraba contra formas políticas consolidadas (reinos, ciudades-estado, imperios), mientras que la segunda contra enemigos de organización más difusa y conducta detestable (piratas, salteadores, tribus salvajes, grupos de desertores, etc).

Hará falta tiempo para que la nueva visión de la guerra sea ampliamente compartida. En parte esa resistencia es lógica, ya que supone romper moldes que se habían forjado durante siglos. Los paradigmas clásicos de las relaciones internacionales integran con dificultad la emergencia de los actores no

8. WORLEY, R.: *Waging Ancient War: Limits on Preemptive Force*, Strategic Studies Institute, Carlisle, February 2003.



estatales relevantes en términos de fuerza y poder. Lo mismo sucede con el Derecho Internacional, que en el último siglo había logrado considerables avances pero que encuentra problemas para encajar la nueva realidad. Sin embargo, empeñarse en mantener esas lentes sólo lleva a enturbiar la mirada. Y esa distorsión del análisis no sólo dificulta el trabajo teórico y especulativo en dicha materia, sino que puede tener consecuencias negativas en la gestión práctica de la seguridad: las respuestas a los nuevos problemas pueden resultar inadecuadas por errores de concepción.

En este sentido hay que reconocer un mayor grado de desarrollo teórico en la comunidad estratégica de Estados Unidos. Ello se debe no sólo a que ese país sufrió un acto de guerra el 11-S, sino sobre todo a que en los últimos años se había llevado a cabo un notable esfuerzo prospectivo para conocer las características de las guerras del futuro. Los acontecimientos que se han producido en este tiempo han confirmado muchas de sus hipótesis.

2. CARACTERÍSTICAS DE LAS NUEVAS GUERRAS

A lo largo de los años noventa diversos investigadores trazaron los rasgos generales de los conflictos armados de las próximas décadas. La mayoría son norteamericanos y varios de ellos pertenecen a la RAND Corporation o al Strategic Studies Institute del US Army War College⁹. Los resultados de esos trabajos han anticipado cambios que ya estaban en marcha y que se han materializado al cabo de muy poco. Por eso, el calificativo de guerras del futuro ha sido sustituido por el de nuevos tipos de guerras (de la actualidad). Las conclusiones a las que llegaron son interesantes porque permiten entender mejor un tipo de enfrentamiento que resulta oscuro según los parámetros de la guerra entre Estados.

De particular utilidad es el marco teórico de la guerra red, elaborado por John Arquilla y David Ronfeldt, y desarrollado en dos obras colectivas¹⁰. Es preciso señalar que, tal como ellos la aplican, la noción de guerra red puede presentar problemas conceptuales serios, porque incluye el comportamiento

9. Entre otros John Arquilla, David Ronfeldt y Bruce Berkowitz, y Steven Metz, Antulio J. Echeverría II y Robert H. Scales, en una y otra institución respectivamente.

10. ARQUILLA, J. & RONFELDT, D.: *In Athena's Camp. Preparing for Conflict in the Information Age*, RAND, Santa Monica, 1997. y ARQUILLA, J. & RONFELDT, D. (editors): *Networks and Netwars: The Future of Terror, Crime, and Militancy*, RAND, Santa Monica, 2001

de activistas, grupos de crimen organizado, hackers y movimientos sociales que, aunque en determinados momentos emplean la violencia, lo hacen en tan escaso grado que aquello difícilmente puede ser considerado guerra. Salvo esa excepción, el marco teórico resulta muy sugerente. Los rasgos más significativos que Arquilla y Ronfeldt atribuyen al nuevo tipo de guerra son los siguientes:

2.1. *Guerra de redes*

Los conflictos dejan de ser jerárquicos, entre Estados, y pasan a desarrollarse también entre estos y actores no estatales que crean redes temporales o permanentes. La revolución en las tecnologías de la información favorece la aparición de formas de organización en red, y permite que grupos pequeños, y en otro tiempo aislados, puedan comunicarse y coordinar sus acciones de manera antes desconocida¹¹. Ello da lugar a una nueva forma de conflicto donde los protagonistas utilizan la estructura de red en su organización, doctrina, estrategia y empleo de la violencia. Se adaptan mejor a los cambios y son menos vulnerables, pues la pérdida de uno de los elementos puede ser reemplazada por la actuación de otros. Son más resistentes a la decapitación y resultan menos visibles. Su estructura les permite la centralización estratégica y la descentralización táctica.

Esa ventaja organizacional va acompañada de otro fenómeno conocido como “privatización de la violencia”. Los avances en tecnologías de uso civil

11. La organización en red no debe confundirse con la simple estructuración en células, común por lo demás en la mayor parte de los grupos terroristas que han existido hasta el momento. La división en células tiene como fin compartimentar la información y garantizar la seguridad de la organización. De modo que, si uno de los subgrupos es infiltrado o detenido, no se vea comprometido el resto del grupo terrorista. Pero esa división en células no implica necesariamente una estructura en red. En los grupos terroristas tradicionales, como por ejemplo los que operaron en los años setenta, los diversos componentes del grupo se encontraban subordinados jerárquicamente a la cúpula de la organización terrorista. La distribución del poder era vertical y en muchos casos no existía comunicación horizontal entre unas células y otras, por las razones de seguridad señaladas. La estructura en red que describen Arquilla y Ronfeldt es diferente. El mando y control se encuentra descentralizado. La unidad se produce en el nivel narrativo, en la causa que inspira la actuación de la red.

Al mismo tiempo, los componentes de la red pueden variar en el corto plazo. Son estructuras dinámicas y muchas veces fruto de coaliciones temporales. En el caso del terrorismo puede aglutinar por ejemplo a individuos particulares, células semiautónomas, grupos terroristas independientes, asociaciones no directamente violentas, traficantes de armas, y miembros de un gobierno.



y militar, la mayor accesibilidad a armamentos y explosivos, y el uso innovador de los medios disponibles en un mundo globalizado, proporcionan una creciente capacidad de destrucción. Privilegio que hasta hace poco correspondía casi exclusivamente a los Estados y que en la actualidad comparten con actores de naturaleza diferente. Salvando las distancias, esta situación recuerda al efecto “democratizador” de la guerra que tuvo la generalización de las armas de fuego a comienzos de la Edad Moderna. La pólvora hizo factible que el plebeyo matase al caballero.

Al-Qaida constituye un ejemplo de organización red que ha logrado efectos espectaculares en el empleo de la violencia. Se trata de una coalición de individuos, grupos y asociaciones, presentes en varias decenas de países, organizados descentralizadamente, y que coinciden en los fines estratégicos¹². En su acepción más amplia, Al-Qaida es una franquicia global de propaganda, logística, guerrilla y violencia terrorista. Y lo que está llevando a cabo puede ser entendido como una guerra porque se trata de un empleo de la fuerza organizada, a gran escala, y con vistas a alcanzar objetivos concretos. Su fin estratégico consiste en la reinstauración de la unidad político-religiosa del islam y la destrucción de sus enemigos: Occidente y los falsos musulmanes que gobiernan en los países de mayoría islámica. No hay negociación posible. Las víctimas de su violencia se cuentan por miles, y las pérdidas económicas globales que han generado hasta el momento sus acciones se estiman en torno al trillón de dólares. Eso es mucho más de lo que han supuesto varias de las guerras entre Estados que se han dado en la historia reciente.

12. En su mayor parte la estructura de Al-Qaida se encuentra descentralizada. No se puede encontrar paralelismo con la cadena de mando de los grupos terroristas tradicionales. Osama Bin Laden ha sido uno de los principales promotores de la red y sin duda ha sido una de las personas que más ha influido en las grandes operaciones terroristas. Sin embargo, su liderazgo se está volviendo cada vez más carismático que institucional. Ha jugado un papel muy destacable en la política de extensión de la red y en la provisión de fondos. Hasta la pérdida del refugio en Afganistán es muy probable que tuviese un control más centralizado de lo que inicialmente se pensaba sobre las actividades del núcleo principal de Al-Qaida (no de los grupos asociados). Pero desde mediados de 2002 esa función coordinadora se ha visto enormemente dificultada. El núcleo inicial de Al-Qaida fue el promotor de la idea y de la organización, pero, una vez puesta en marcha, la actuación de la red es en su mayor parte descentralizada y, muchas veces, espontánea. Y esto en términos de reclutamiento, recogida de fondos, adquisición de material, planificación de operaciones y propaganda. (GUNARATNA, R.: *Inside Al-Qaeda. Global Network of terror*, Columbia University Press, New York, 2002).



2.2. Asimetría

Que se entiende como algo más que evitar la fuerza del adversario y golpear su punto débil (lo propio de la maniobra militar). La asimetría consiste en una diferencia sustancial entre los actores en liza, los medios empleados y los fines perseguidos. Con frecuencia, el recurso al enfrentamiento asimétrico supone considerables dosis de innovación, de hacer algo que no aparece en los manuales y que disminuye la fuerza del más poderoso, logrando, en los casos más espectaculares, que su fuerza se vuelva contra él¹³.

La estrategia asimétrica, además de ser consecuencia de la naturaleza de los actores implicados (no estatales y sin capacidad militar convencional) también se encuentra incentivada por la imposibilidad de igualar la supremacía de los ejércitos occidentales, en especial de Estados Unidos. La llamada “Revolución en los Asuntos Militares” proporciona a las fuerzas de los países que integran la OTAN una ventaja tecnológica comparable a la que tuvieron siglos atrás los ejércitos occidentales en la conquista y colonización del nuevo mundo. Plantear la batalla de una manera convencional (como lo hizo en 1991 Irak frente a la coalición) equivale a tener la derrota asegurada de antemano. Todo ello invita a encontrar caminos alternativos y explotar las vulnerabilidades del adversario. Y es entonces cuando el terrorismo se convierte en un modo de plantear la guerra. Su atractivo es considerable porque permite dañar seriamente al enemigo, y porque aparentemente ofrece una relación coste-beneficio muy rentable. Esa idea se encuentra presente por ejemplo en los cerebros de Al-Qaida, como lo demuestran las palabras de Osama Bin Laden en su “declaración de guerra” de 1996: *Es evidente que debe adoptarse un modo de combatir adecuado al desequilibrio de poder entre nuestras fuerzas armadas y las del enemigo. (...) En una palabra, iniciar una guerra de guerrillas, donde tomen parte los hijos de la nación, y no las fuerzas militares.*

El terrorismo desde un enfoque bélico, permite llevar la guerra al corazón del territorio enemigo. Como ya hemos señalado con anterioridad, la guerra ha acompañado la mayor parte de la historia del hombre, afectando de una forma u otra a casi todas las generaciones. En un determinado momento de la vida, las personas podían ser enviadas a morir o a matar. Una invasión o una campaña militar podían arruinar inesperadamente las vidas y haciendas de

13. BLANK, S. J.: *Rethinking Asymmetric Threats*, Strategic Studies Institute, Carlisle, September 2003.



miles de individuos. Todo ello marcaba la biografía de los afectados, de sus familias y de las sociedades. Sin embargo, en los países con economías avanzadas son ya varias las generaciones que no han pasado directamente por esa experiencia. Sus ejércitos luchan y ganan guerras pero lo hacen como fuerzas expedicionarias en Balcanes, Asia Central y Oriente Medio. Son fuerzas profesionales que combaten con una ventaja tecnológica muy superior a sus adversarios y sujetas con frecuencia a restricciones en el empleo de la violencia que tienen como fin sufrir el menor número de bajas y causar también las menos posibles a la población civil del enemigo. Limitaciones que vienen impuestas por los valores pacíficos que han ido emergiendo en sus respectivas sociedades y que constituyen un requisito necesario para que esas poblaciones respalden sin sacrificio la política exterior de sus gobiernos. El terrorismo como instrumento bélico permite penetrar en el santuario nacional de los más fuertes e infligir un daño terrible a su indefensa población, provocando unas pérdidas que quizás esa sociedad no está dispuesta a asumir. Y, al mismo tiempo, al ser practicado por una red global, no ofrece un blanco claro contra el que responder. Una red terrorista no tiene fronteras, ni capital, ni ejércitos identificables en el mapa. En el caso del 11 de septiembre se puede puntualizar que estaba el Afganistán de los talibanes, pero aquello era un refugio circunstancial de parte de la estructura de Al-Qaida. Si a día de hoy hubiese otro ataque de magnitud semejante, ¿contra quién actuarían los Estados Unidos?

Pero, a pesar de esas ventajas aparentes, resulta discutible la validez del terrorismo en términos de eficacia bélica. Aunque sus efectos suelen ser espectaculares a corto plazo, y desproporcionados tanto en relación a los recursos empleados como a los daños causados, resulta dudoso considerarlo un método realmente decisivo. Para ello debe ser complementado por otra serie de acciones de tipo político y social y, sobre todo, ha de ser capaz de evolucionar hacia formas de enfrentamiento más complejas¹⁴. En el caso del terrorismo practicado por organizaciones pequeñas y en un contexto no bélico, salvo muy contadas ocasiones, los grupos terroristas se han extinguido sin alcanzar sus objetivos finales. Sólo han tenido éxito cuando se han marcado metas muy definidas y limitadas, y cuando han integrado la violencia en una estrategia más amplia¹⁵. El terrorismo en situaciones de guerra también ha cose-

14. CALVO ALVERO, J. L.: "El terrorismo como estrategia asimétrica", en JORDÁN, J. (Coord.), *Los orígenes del terror. Indagando en las causas del terrorismo*. Biblioteca Nueva, Madrid (en prensa)

15. LAQUEUR, W.: *Una historia del terrorismo*, Paidós, Barcelona, 2003.

chado escasos frutos, y la mayor parte de las veces contraproducentes. El empleo de la brutalidad con fines psicológicos, y en especial contra la población civil, ha sido frecuente en la historia bélica antigua y contemporánea. En ciertos casos ha logrado un sometimiento temporal pero en otros muchos ha provocado que la población se una contra el agresor y lo rechace; y en todos, ha generado un enorme resentimiento y ha vuelto más inhumana la guerra¹⁶. Por ello, creer que llevando la destrucción al corazón de una sociedad desacostumbrada al sufrimiento se va a lograr la derrota del adversario, constituye un error de cálculo en el que probablemente han caído los planificadores de Al-Qaida. Más bien suele suceder lo contrario; cuando la sociedad se siente directamente amenazada es más probable que respalde todas las acciones que tengan como fin erradicar el peligro, incluso aquellas desechó en tiempos de paz. Así lo ha demostrado la opinión pública norteamericana tras los atentados de Washington y Nueva York.

2.3. *Multidimensionalidad*

Lo normal hasta ahora es que las guerras se disputasen en la dimensión militar, y que los esfuerzos en las otras esferas del conflicto (económica, política, diplomática, social, informativa, etc) se canalizasen hacia la victoria en ese terreno. Sin embargo, en el paradigma de la guerra red, el empleo de la fuerza militar es uno más de los medios utilizados. Ante un enemigo sin ejército, que se esconde entre la población civil, que ataca el sistema económico pero a través del miedo, que se sirve de canales de televisión globales para difundir su propaganda, y que no ofrece un blanco claro que atacar, los ejércitos convencionales desempeñan un papel habitualmente subsidiario. La reacción norteamericana tras el 11 de septiembre ha incluido operaciones militares en Afganistán, Oriente Medio y Filipinas, pero estas se han enmarcado en una estrategia más amplia de carácter judicial, de inteligencia, policial, diplomático y económico.

Al tratarse de un enfoque multifacético del conflicto armado, la guerra experimenta una creciente “desmilitarización”. En algunos casos este proceso será más acusado que en otros. En las guerras que respondan al paradigma de guerra entre Estados, la dimensión militar continuará siendo una de las prota-

16. CARR, C.: *Las lecciones del terror. Orígenes históricos del terrorismo internacional*, Ediciones B, Barcelona, 2002.



gonistas, pero en los conflictos de “nueva generación” el recurso a las fuerzas armadas será muchas veces minoritario y selectivo.

De entre todas las dimensiones de la guerra red, Arquilla y Ronfeldt llaman la atención sobre los aspectos cognitivos del conflicto. La información y las percepciones siempre han sido importantes en la guerra. Sin embargo, en el nuevo paradigma, están abandonando su tradicional función secundaria para convertirse en uno de los aspectos centrales de la lucha. En las sociedades de la información, percepción y poder se encuentran cada vez más relacionados. Si el adversario se hace con los resortes cognitivos de la sociedad adversaria puede forzar la voluntad de los decisores políticos, y lograr así la victoria. La deslegitimación de los gobiernos puede debilitar su firmeza política en la conducción de la guerra.

2.4. *El espacio y el tiempo del conflicto*

También difieren con respecto a las guerras de Clausewitz. En el aspecto temporal puede no estar claro cuándo comienza la guerra y cuándo finaliza. No suele haber declaraciones de guerra ni ultimátum y, aunque los haya, puede tratarse del inicio de una campaña dentro de una guerra ya comenzada. Cada uno de los componentes de la red ataca cuando está en mejores condiciones de hacerlo, y la lucha se puede prolongar a la manera de ciclos, donde cada actor vigila y espera su oportunidad. Como la eliminación absoluta de los contrincantes resulta improbable, por la fuerza de los Estados y la resistencia de las redes, es posible que los conflictos se prolonguen durante años, alternando épocas de calma con tiempos de intenso combate. Por lo general, no existen batallas definitivas, sino campañas en las que quizás es posible establecer un límite algo más preciso.

La guerra de Al-Qaida ejemplifica bien la indeterminación temporal. ¿Cuándo comenzó? La primera declaración de guerra firmada por Osama Bin Laden apareció en 1996 y, de nuevo, en 1998, acompañada por nuevos grupos aliados; pero el primer atentado atribuido a la red y dirigido contra intereses norteamericanos se produjo en diciembre de 1992. Estados Unidos declaró a su vez la guerra contra el terrorismo financiado por Bin Laden en 1998, tras los atentados en Kenia y Tanzania, y nuevamente en septiembre de 2001. ¿Cuándo terminará? ¿Cuándo se capturé o se dé definitivamente por muerto a Osama Bin Laden? ¿Cuándo Al-Qaida se rinda y anuncie su disolución? Las dos campañas militares que se han enmarcado en esta guerra también sufren



de esa indefinición temporal. En Afganistán se sigue todavía combatiendo contra las guerrillas talibanes y de Al-Qaida, y en Irak continúa la sucesión de bajas y pequeños enfrentamientos.

En cuanto al espacio, la descentralización de las redes, las oportunidades que ofrece la globalización, y la multidimensionalidad del conflicto convierten todo el planeta en lugar de combate. Las redes pueden estar parcialmente presentes en zonas que escapen al control material del adversario (en Estados que ofrecen refugio a sus integrantes y que permiten la creación de bases, campos de entrenamiento, almacenes y fábricas de armas); o en regiones del planeta que escapen al control efectivo de cualquier poder político (un Estado fallido). Pero otros componentes de la red pueden estar ubicados en el propio territorio del Estado al que se enfrentan, mezclados con su población civil y generando desde ese lugar los recursos para llevar a cabo el ataque. El poder derivado de las comunicaciones permite la actuación eficaz de redes dispersas a lo largo y ancho del planeta. La globalización no deja escapatoria.

4. CONCLUSIONES

Para terminar, vamos a resaltar dos conclusiones que emergen de lo planteado en estas páginas. Pero antes de pasar a ellas conviene responder una pregunta que el lector posiblemente se haya planteado ¿Si el terrorismo de Al-Qaida es una herramienta bélica, la lucha de otros grupos terroristas es también una guerra?

Como se ha podido observar a lo largo de este ensayo, el terrorismo no equivale a guerra porque se trata de conceptos de naturaleza diferente. El terrorismo es un modo de emplear la violencia y la guerra es un tipo de conflicto humano. En la inmensa mayoría de los casos el empleo de la violencia terrorista por organizaciones clandestinas se enmarca en conflictos no bélicos. La vida en sociedad conlleva necesariamente choques de intereses entre los grupos que integran la comunidad. En ocasiones algunos de esos grupos pueden recurrir al terrorismo como forma de intervención política desviada; pero esos conflictos de diversa índole, y de escasa entidad en términos de violencia, no son guerras.

La primera conclusión que se deduce al estudiar las características de los nuevos tipos de guerras es que en ellas quedan desfasados muchos de los mecanismos de moderación y de gestión empleados hasta ahora con éxito por



los Estados. Las *hot lines*, y otras medidas de fomento de confianza y seguridad, los acuerdos de limitación de armamentos, la mediación y los buenos oficios, y numerosos principios del Derecho Internacional, resultan inadecuados a la hora de prevenir y regular la guerra contra actores no estatales que no se someten a esas prácticas y que juegan con reglas diferentes. Es decir, gran parte de los instrumentos diseñados tras décadas de masacres y destrucción entre pueblos, y que en muchos casos se han demostrado eficaces para evitar la guerra entre Estados, se vuelven obsoletos en el nuevo paradigma.

Por tanto, la aparición de nuevos actores relevantes desde el punto de vista de la seguridad supone un recrudecimiento del estado de naturaleza hobbesiano. La anarquía ha sido una constante de las relaciones internacionales, pero con el tiempo se ha ido logrando una autocontención de los Estados en el empleo de la fuerza armada. La guerra era para ellos cada vez más costosa y destructiva, y las consecuencias de un conflicto abierto entre grandes potencias resultaban impredecibles. Sin embargo, los nuevos actores son de naturaleza diferente. Tienen un cálculo de ganancias y pérdidas distinto, y su acatamiento de las leyes y prácticas internacionales es muchas veces inexistente. La consecuencia que se sigue de esto resulta fácilmente deducible: más violencia, desorden e incertidumbre.

Se trata entonces de un entorno estratégico mucho más complejo que el de hace escasamente dos décadas. Al tiempo que se agudiza la anarquía global, continúa existiendo también un sistema de Estados, y muchos de esos mecanismos de moderación, de las organizaciones internacionales que los aglutinan y del derecho que regula sus interacciones mantienen su vigencia y cierto grado de utilidad. Por tanto, el entorno de seguridad del siglo XXI difiere del de la historia reciente pero no supone una vuelta absoluta al caos de la antigüedad. Conviene no olvidarlo porque la tentación del unilateralismo y de que la seguridad dependa exclusivamente del propio poder militar es ahora mayor que en la década de los noventa (concretamente para Estados Unidos). A la hora de diseñar las respectivas estrategias globales de seguridad puede resultar interesante la distinción que hacían los romanos entre *bellum* y *guerra*, a la que antes hemos aludido. Cada problema de seguridad requiere un tratamiento distinto; y no se deben desechar por completo los avances logrados en determinados campos porque resulten inadecuados para necesidades emergentes. Sería triste que la respuesta a lo nuevo conllevara retrocesos en materia de derechos humanos, fomento de la democracia, resolución pacífica de los conflictos, etc. Al mismo tiempo, la complejidad creciente también recomienda la cooperación de los Estados en la gestión de los nuevos.



desafíos. La anarquía tiende a disgregar y sus efectos se combaten uniendo fuerzas.

La segunda conclusión tiene que ver con el carácter multidimensional de los nuevos conflictos. Los ejércitos ya no vertebran necesariamente la acción de los Estados en la guerra. Esto es sin duda revolucionario porque durante toda la historia los conflictos armados de gran magnitud se han decidido por los éxitos en el campo de batalla. Pero nos encontramos en un mundo más evolucionado y complejo, con fenómenos como la globalización de las comunicaciones y mercados, los avances en las tecnologías de la información, o la extensión de la democracia, que no tienen precedentes históricos; por lo que el modo de librarse la guerra, aunque entrañe elevados niveles de violencia, también va a ser esencialmente distinto. Las respuestas deben participar del carácter multidimensional del conflicto y adaptarse a la naturaleza de la amenaza. De este modo, el hecho de que el enfrentamiento contra Al-Qaida sea una guerra no significa que las fuerzas armadas deban hacerse cargo del conflicto (aunque su empleo pueda resultar necesario para determinadas tareas); sino que evidencia un salto cualitativo en la naturaleza del terrorismo y, por ello, requiere una respuesta adecuada a la nueva situación. Probablemente, las medidas aplicadas hasta ahora contra grupos que emplean el terrorismo en un contexto de conflicto no bélico no van a resultar suficientes para gestionar el problema. Se hace precisa una estrategia innovadora y polifacética que afronte el nuevo tipo de guerra.